

poemas angustiándose los dedos del alma. Por fin revienta como una rosa endemoniada un poema, y su *torre de marfil* se torna lúgubre. Asombra a los árboles que se despedazan contra el viento.

Atormentado siempre, busca un nuevo mundo. Cree hallarlo en el de los insectos. Trata de interpretarlo en sus pequeños y angustiosos cuadros. Desfilan todos los insectos iluminando la imaginación que enfrentamos a sus cuadros de una adolescencia genial.

Este pequeño mundo, intrincado, de los insectos fatiga pronto su imaginación. Intenta retornar a la niñez y no puede. Es un niño, sin embargo. Pero no sabe que es un niño. Vive trágicamente desde el momento que tiene que buscar una lógica explicación a su existencia.

Inventa una diminuta máquina fotográfica y hace retratos ausentes sin otro elemento que su pura imaginación. Tiene una inquietud que le tiembla en todo

el cuerpo como un caballo brioso. Pinta. Escribe. Juega. Pega un zarpazo a la música y se alimenta como una fiera este hombre de dedos que parecen estambres de una flor y que se viste con su propia sombra para abultar su cuerpo.

Recorre el mar, más bien recorre la playa de brazo del mar. El no sabe por qué es amigo del mar. Cree que es una tradición de su espíritu.

Cuando *Colónida* (revista literaria que fecundó un ambiente poético en el Perú y cuyo director fué el malogrado poeta Abraham Valdelomar) descubrió a Eguren, los muchachos intelectuales, desde entonces, acuden a la casa de Eguren a estrechar las manos de ese pequeño hombre cuyos ojos azogados se pierden debajo del párpado flácido.

Acuden en romería los muchachos a oírle hablar, pero Eguren no habla. Vive evadido de sí mismo. Vive trágicamente y en un silencio puro.

*Julián Petrovick*

## El primer milagro

=De la obra *Blanco en Azul*. Cuentos. BIBLIOTECA NUEVA. Madrid=

*En Belén: año primero  
de la era Cristiana.*

LA tarde va declinando; se filtran los postreros destellos de sol por el angosto ventanito del sótano. Todo está en silencio. Las manos del anciano van removiendo, como si fuera una blanda masa, el montón de monedas de oro, relucientes, que está sobre la mesa. El anciano tiene una larga barba entrecana; los ojos aparecen hundidos. Los últimos fulgores del sol van desapareciendo; por el tragaluz ya sólo se escurre una débil y difusa claridad. Las monedas vuelven a la recia y sólida arca. El anciano cierra la puerta con un cerrojo, con dos, con una armella, con unas barras de hierro, y luego asciende, lento, por la angosta escalerita. Ya está en la casa. La casa se levanta en un extremo del pueblo; se halla rodeada de extenso vergel, y tiene, a un lado, una accesoria para labriegos y servidumbre. El anciano camina lentamente por la casa; su índice—el de la mano derecha—pasa y repasa sobre la curvada nariz. Al pasar por un corredor ha visto el viejo una puerta abierta; esta puerta ha mandado él que esté siempre cerrada. Se detiene un momento el viejo; da una voz de pronto; le enardece la cólera; acude un criado; el viejo impropera al criado, se acerca a él, le grita en su propia cara. Tiembla el pobre servidor, y prorrumpe en palabras de excusa. Y el viejecito de la barba larga prosigue su camino. De pronto se detiene otra vez; ha visto sobre un mueble unas migajas de pan. La cosa es insólita. No puede creer el anciano lo que ven sus ojos. Llegarán, por este camino, a dispersar, destruir su hacienda. Han estado aquí, sin duda, comiendo pan—pan salido, indudablemente, de la despensa—, y han dejado caer unas migajas. Y ahora su cólera es terrible. La casa se hunde a gritos; la mujer del viejo, los hijos, los criados, todos, todos le rodean

suspensos, temblorosos, mohinos, tristes. Y el viejo prosigue con sus gritos, con sus denuestos, con sus improperios, con sus injurias.

La hora de cenar ha llegado. Antes ha conversado el anciano con los cachicanes que llegan todas las noches de las heredades cercanas. Todos han de darle cuenta—cuenta menudísima, detallada—de la jornada diaria. No puede acostarse ningún día el viejo sin que sepa, concretamente, en qué se ha gastado el más pequeño dinero y qué es lo que han hecho, minuto por minuto, todos sus servidores. La relación de los labrantines y cachicanes se desliza entreverada por los gritos y denuestos del anciano. Y todos sienten ante él un profundo pavor.

El pastor se ha retrazado un poco esta noche. El pastor regresa de los prados próximos al pueblo, todas las noches, poco antes de sentarse a la mesa el anciano. El pastor apacienta una punta de cabras y un hatillo de carneros. Cuando llega, después de la jornada, por la noche, encierra su ganado en una corraliza del huerto y se presenta al amo a darle cuenta de la jornada del día. El anciano, un poco impaciente, se ha sentado a la mesa. Le intriga la tardanza del pastor. La cosa es verdaderamente extraña. A un criado que tarda en traerle una vianda—retraso de un minuto—, el anciano le grita desaforadamente. El criado se desconcierta; un plato cae al suelo; la mujer y los hijos del viejo se muestran despavoridos; sin duda, ante esta catástrofe—la caída de un plato—, la casa se va a venir abajo con el vociferar colérico, iracundo, tempestuoso, del viejo. Y, en efecto, media hora dura la terrible cólera del anciano. El pastor aparece en la puerta; trae cara de quien va a ser

ajusticiado; en mal momento va a dar cuenta de su misión del día.

—¿Ocurre alguna novedad?— pregunta el viejo al pastor.

El pastor tarda un instante en responder; con el sombrero en la mano, mira absorto, indeciso, al señor.

—Ocurrir, como ocurrir—dice al cabo—, no ocurre nada...

—Cuando tú hablas de ese modo es que ha ocurrido algo...

—Ocurrir, como ocurrir...—repite el pastor dando vueltas entre las manos al sombrero.

—¡Sois unos idiotas, mentecatos, estúpidos! ¿No sabéis hablar? ¿No tienes lengua? Habla, habla...

Y el pastor, trémulo, habla. No ocurre novedad, no ha sucedido nada durante el día. Los carneros y las cabras han pastado, como siempre, en los prados de los alrededores. Los carneros y las cabras siguen perfectamente; han pastado bien; sí, han pastado como todos los días... El viejo se impacienta.

—¡Pero, idiota, acabarás de hablar?—grita colérico.

Y el pastor dice, repite, torna a repetir que no ha ocurrido nada. No ha ocurrido nada; pero en el establo que se halla a la salida del pueblo, junto a la era—establo y era propiedad del señor—, ha visto, cuando regresaba el pastor a casa, una cosa que no ha visto antes. Ha visto que dentro del establo había gente.

El viejo, al escuchar estas palabras, da un salto. No puede contenerse; se levanta, se acerca al pastor y le grita:

—¿Gente en el establo? ¿En el establo que está junto a la era? Pero..., pero ¿es que no se respeta ya la propiedad? ¿Es que os habéis propuesto arruinarme todos?

El establo son cuatro paredillas ruinosas; la puerta—de madera carcomida, desvencijada— puede abrirse con facilidad; una ventanita, abierta en la pared del fondo, da a la era. Ha entrado gente en el establo; se han instalado allí; pasarán allí la noche; tal vez estén viviendo allí desde hace días. Y todo esto en la propiedad, la sagrada propiedad del viejo. Y sin pedirle a él permiso. Ahora la tormenta de cólera es tan grande, más grande, más estruendosa que antes. Sí, sí; indudablemente todos se han propuesto arruinar al pobre anciano; todos, descuidados, manirroto, sin parar atención en la hacienda, se han propuesto que este anciano acabe en la pobreza, en la miseria. El caso de ahora es terrible; no se ha visto nunca cosa semejante; nunca ha entrado nadie en una propiedad—casa o tierra— de este viejo señor. Y el viejo señor, ante hecho tan peregrino, estupefacto, decide ir él mismo a comprobar el desafuero, a remediarlo, a echar del establo a esos vagabundos.

—¿Qué gente era?— le pregunta al pastor.

—Pues eran..., pues eran—replica titubeante el pastor—; pues eran un hombre y una mujer.

—¿Un hombre y una mujer? Pues ahora veréis.

Y el viejo de la larga barba ha cogido su sombrero, ha empuñado el bas-